

La gramática de la luz

He crecido en un mundo de peces y arenas desmedidas, en el mar me zambullía y en su violento abrazo encontré el camino para nombrarme a través de lo no humano. El frío ha dicho mi nombre un par de veces y es así como voltee a verlo.

Así supe que el lenguaje es más que sólo palabras, símbolos plasmados.

El lenguaje es el mundo que atraviesa un objeto y después sale de él, resultando en una nueva versión del mundo. Como la luz que atraviesa el cristal roto de la casa de mi abuela y el árbol de limón que hace sombras sobre la pared. La luz que proviene de afuera ya no es la misma que la que se está proyectando sobre las repisas con peces y bailarinas de porcelana. Incluso el viento que agita las hojas del árbol ya no es el mismo, se transformó al tocarlas y ahora transporta el olor a limón de aquella tarde de marzo.

Yo también soy esa luz, ese viento. Soy solo un objeto atravesado por el mundo y que crea nuevas versiones de él desde lenguajes como la pintura, una foto o la música. Entonces el lenguaje también es lo que me susurra el jarrón de cerámica que hizo mi amigo Santiago y cuando las manos de Tejón tocan el acordeón, sus cumbias hablan de lugares lejanos y sonidos antiguos. Me estremezco de emoción al contemplar las creaciones de las personas atravesadas por el mundo.

Pero también los ruidos del metro y sus luces me hablan cuando viajo debajo de los edificios y me siento como una célula viajando por el cuerpo de un gran monstruo. Camino por las noches entre los edificios húmedos, temblorosos, y en sus caras leo el paso del tiempo. Debajo de la pintura fresca, la cháchara china y el letrero que anuncia su pronta demolición, se asoman las palabras del humano urbano y solitario.

La ciudad también tiene su propio lenguaje, y en ello radica el no entendernos con el mundo. La ciudad es el ser humano abstraído en sí mismo y su mente, sin poder comunicarse más que con la monótona palabra y abecedario homogéneo, creando objetos llenos de significado para él mismo y olvidándose de entablar conversaciones con las hormigas y el lodo. Somos incapaces de comprender lenguajes ajenos al nuestro. Muros y calles de concreto se alzan sobre nosotros, como un espejo que sólo refleja nuestra mirada perdida.

El creer que lo no humano no tiene su propio lenguaje es un diagnóstico de la modernidad. Desde el quechua se nombra el lenguaje del humano -runa simi- al lado del lenguaje del viento y del agua -wayra simi, unu simi como parte del gran entramado de idiomas existentes en la tierra. Las células se comunican, los árboles hablan con los líquenes que les crecen encima, el viento sopla sobre las hojas de las plantas. La montaña me ha dicho cosas sobre mí misma. Busco en el lenguaje de las palabras aquello que una vez me dijo el desierto.

Entonces si queremos transformar cómo vemos el mundo, podemos empezar por reconocer que hay tantos lenguajes como el nuestro: únicamente hay que recordar el idioma de las flores que hablábamos cuando éramos niños.

Mixtli Barrera Fernández

Mar negro de la buena suerte

Camino descalza,
se aproxima a mis pies.
Los rodea por completo.
Cambia de forma con cada soplo del viento,
con cada tono de luz que recibe,
con cada lugar que ocupa.
Siento su calidez, su fluidez,
sube y
baja.

Alcanza lugares recónditos,
limpia las telarañas,
limpia mis pies,
limpia las heridas de mis manos.
Es un pedacito de mar
pequeño y privado,
pocos tenemos acceso a él, a ella,
a esa pequeña tormenta que me visita en la mañana o en la
tarde,
dependiendo de los vientos externos o de sus vientos internos.

Sigilosa, recorre cada rincón de la casa.
A veces percibo su movimiento:
pequeñas gotas de agua que chocan contra el suelo.
Otras veces es más evidente su presencia,
emite sonidos continuos y rítmicos.
Sus ojos señalan aquello que añora
pero que, a pesar de su agilidad,
no alcanza.
Su movimiento es ajeno, distante
no la veo, pero sé que está presente.
Regresa mí, se arremolina en el suelo y luego sobre mí
hasta que decide la posición perfecta
para posarse unos segundos.
Me cuenta una historia con su mirada,
con su ronroneo,
con su quietud y con su inquietud.

Dicen que el agua y los gatos tienen mucho en común:
adoptan la forma del recipiente que los contiene,

se escabullen ante un intento de abrazo,
y traen siempre un gran toque de misterio.
Los negros son la tormenta misma
pero, contrario a lo que todos piensan,
una tormenta que augura momentos de fortuna:
un helado de avellana con alguien que amas,
aprender una nueva palabra,
sentir la calidez del hogar.
Una tormenta que a veces reposa sobre mis pies.

Cata María

Estragos naturales

Quema como una herida abierta que no sana, que se llena de pus, que enrojece la piel y no permite ni el más mínimo roce. Banquete para los gusanos y las moscas, y sin embargo, su color y pestilencia son invisibles para otros; no la ven, no la huelen, no sienten el sabor del hierro entre los dientes. En cualquier momento la herida atraerá a las aves carroñeras. Olerán los ríos de sangre escurriendo, el olor de la sal de mis lágrimas, un aviso para que me devoren. ¿Qué se sentirá que se atiborren con mi carne? Esta herida echó raíces como mala hierba, invadió mi mente, la llenó de una espuma gris. La espuma dio paso al moho que echa sus esporas para reproducirse; se apodera de todo, de cada rincón. No deja que nada más se establezca; ahora todo parece una prisión por dentro ¿No será mejor desaparecer?, ¿dejar que el moho me consuma toda? Solo cerrar los ojos sin tener que volver a abrirlos. Las bestias aparecen, van de paso, hacen una estampida. No coordinan su andar. Pisotean todo, dejan la tierra dolorida. La compactan con cada paso y aplastan las semillas que, latentes bajo tierra, esperaban emerger. Ahora solo cubiertas por el moho y las pisadas. Las bestias cargan con oscuras voces, todas repitiendo lo insuficiente que es cada esfuerzo que llegué a hacer. Que siempre me faltó más, que nunca alcancé. Que cada abrir los ojos fue insuficiente. Es mejor que el moho me consuma o que el oscuro río me arrastre con su corriente.

Quizás al final del río me encuentre con un acantilado
que me lleve al lugar que más anhelo,
a mi lugar de descanso,
donde la brisa siempre sopla
y la sal solo sana.
Quizás ahí el moho desaparezca,
y la mala hierba se seque.
La espuma no será gris
será del color de las perlas;
ahí donde el canto de las aves es más fuerte
y hasta las nubes de tormenta encuentran la calma.
A ese lugar donde nací,
rodeada de estrellas en el cielo
y coronando mis pies.
A ese lugar deseo volver.

¿Faltará mucho para llegar?
Quiero montar una gaviota de gruesas alas
para que me lleve de vuelta,
de vuelta a la brisa, al calor del sol,
a la tierra donde todo germina

tanto ideas, como cantos,
donde las bestias no tropiezan,
ni los ríos son oscuros ni turbulentos,
donde el moho no lo cubre todo
sino que reina un enjambre
de vida de todos colores,
de todas las emociones.
Que no se atascan en el fango,
se pasean tranquilas,
se entrelazan

y ramifican
sin tapar los rayos de luz
ni huir de las sombras.

Sotavento

Dejar la casa: un abecedario

A. ¿Cómo comienzo este texto-abecedario? A de avión, A de los Andes... ¿A de abrazo o de amor?

¡A de arepa! ¡Por supuesto!

Cómo dejar pasar esta oportunidad para agradecer a la vida por tan sublime manjar, representación inequívoca de lo divino en la Tierra –pedacito de Edén que Eva logró resguardar en su memoria en forma de receta luego de ser deportada del paraíso por haber dado rienda suelta a su deseo-. A de arepa porque, si tengo suerte, cuando digo que soy colombiano me hablan de arepas o de café o de Shakira, y no de cocaína.

Alguna vez me preguntaron qué opinaba sobre el origen de las arepas, que se ha vuelto motivo de un intenso debate en redes entre colombianos y venezolanos. Para mí la respuesta es obvia: las arepas –como las plantas y los animales y los hongos y los virus– no entienden de límites geopolíticos, porque cuando fueron inventadas todo ese pedazo de tierra era una misma cosa. Ahora hasta a la comida le quieren atravesar sus malditas fronteras.

Hace poco mi mamá me hizo arepas para enviarme con Carolina, una gran amiga de Colombia que vino a visitarme. Al llegar a México, los oficiales de migración le dijeron que tenían que revisar su maleta. La abrieron, le revolcaron todo lo que traía y encontraron las arepas. Y se las quitaron. Le dijeron que las arepas de mi mamá no podían entrar a México. Ahora hasta a la comida le quieren atravesar sus malditas fronteras.

A de las arepas de mi mamá que probablemente tiraron a la basura, porque las reglas que tienen que seguir los oficiales de migración fueron hechas por alguien que no sabe nada sobre lo divino y sí lo sabe todo sobre las fronteras. A del amor con que las manos de mi madre amasaron esas arepas en un acto tan sublime como cuando Dios amasó el barro para construir a Eva y a Adán, amor que no pudo llegar a mi cuerpo que era su destino original. A de los abrazos que a veces siento que me faltan y A de los Andes que me abrazaron toda la vida con sus pronunciadas colinas decoradas de niebla y con su verde espesor, aunque yo hasta ahora me haya dado cuenta, ahora que ya no los siento cerca. A del avión en el que me monté hace

ocho semanas para volverme a ir lejos de casa, sin darme cuenta de que esta vez viajaba menos ligero.

C. C de casa y de Colombia, que para mí son lo mismo.

O tal vez no.

Después de todo, ¿qué es Colombia si no lo mismo que México? Un territorio gigantesco, ridículamente heterogéneo, fascinantemente diverso, embutido a fuerza y de la forma más vulgar dentro de una raya imaginaria, absolutamente rancia y artificial, que un grupo de señores con delirio de poder se imaginaron sobre un mapa hace décadas mientras jugaban a ser dioses en su cuartel de odio y mezquindad.

Es vergonzoso pero, la verdad, migrar ha despertado en mí sentimientos nacionalistas absurdos que no sabía que llevaba adentro.

Cuando logro deshacerme de ellos prefiero pensar que mi casa son los Andes y no todo eso que llaman Colombia. Porque los Andes como categoría lógica tienen más sentido: es obvio que si la Tierra hablara castellano (o quechua) o si un alien inteligente viniera a visitarla, cualquiera de los dos podría entender de dónde nos sacamos el concepto de los Andes. Ni las plantas ni los animales ni los hongos ni los virus entienden de límites geopolíticos, pero sí entienden de la grandeza de los Andes. Después de todo, mi cordillera se ve desde cualquier satélite o cualquier nave espacial; "la espina dorsal del planeta", como dice la canción.

¿A quién carajo se le ocurrió atravesarle una frontera a los Andes, la espina dorsal del planeta, en medio del cuerpo? ¿Quién tuvo la desfachatez de siquiera intentar partir en dos a los grandes desiertos del norte? ¿Por qué las dunas de la Guajira serían más casa para mí que los desiertos de Sonora y de Chihuahua? Atravesarle la casa a los coyotes y a los saguaros con alambres de púas y un muro de metal horrendo, ¡qué desfachatez!

C de corazón, también, porque el otro día leí una frase que decía que la casa está donde está el corazón, pero yo no estoy de acuerdo. Yo me traje mi corazón a México, de eso no me cabe duda. Hace ocho semanas, cuando regresé de mis vacaciones en Colombia, el corazón me pesaba más que el equipaje; si lo hubiera traído por fuera seguro me hubieran cobrado para poder

subirlo al avión. Hace un año, un mes y tres semanas que me vine a vivir a México y no he dejado de sentir el corazón un solo día. A veces se hincha de emoción cuando descubro flores nuevas, ¡sobre todo si me las como! Cuando escucho animales que nunca había escuchado o veo paisajes que nunca había visto. Otras veces se quiebra en pedazos por sentirse lejos de casa -de los Andes-, de mi gata y de mi mamá y de las arepas de mi mamá. Acá tengo mi corazón y no siento que acá esté mi casa.

C de corazón, también, porque a este mundo le sobran fronteras y le falta corazón.

D. Hace poco conocí a una mexicana que me dijo que el desierto le habla y me pregunté: ¿será que a mí también? Al menos los Andes me hablaban mucho...

D del desierto porque en Colombia es raro pero en México está por todos lados. Tanto así que incluso yo, que me encantan los bosques que viven del agua suspendida en la niebla, terminé trabajando en un desierto. Y creo que sí me habla.

No, no creo, estoy seguro.

El desierto tampoco entiende de fronteras políticas ni de nacionalidades, es solo que hablamos distinto -distinto también es una palabra importante y también empieza con D-, algo así como un acento. Además, llevamos poco de conocernos. Sigo aprendiendo a escucharlo porque su voz es muy distinta a las de los bosques: otro tono, otro ritmo, otro volumen. También sus gestos son otros, y sus olores, otros tipos de caricias y otras formas de mirar. Me atrevería a decir que el desierto también me ha abrazado aunque llevemos poco de conocernos. El desierto también me ha regalado amor y mucha belleza; ha hecho que se me hinche el corazón.

Mucha gente piensa que en los desiertos no hay nada, y qué equivocados que están. Es solo que hablan distinto, algo así como un acento, y hay que aprender a conocerlos. Por ejemplo, en el desierto en donde trabajo hay una cantidad de cactus pequeños con cuerpos de colores grises o verdes opacos que parecen piedras estampadas contra el suelo. Escondidos. El que no sepa escucharlos podría no enterarse nunca de su existencia (e incluso pisarlos sin darse cuenta). Muchas otras plantas también viven escondidas entre la tierra la mayor parte del año y solo echan hojas y florecen por unos cuantos días,

muchas aprovechando cuando a las nubes despistadas se les ocurre llover sobre el desierto. Un frenesí de vida tan bello como efímero.

Las flores de los cactus son absolutamente alucinantes. Si uno se acerca lo suficiente y les presta la atención que merecen, puede notar que parecen pequeñas galaxias, en donde las estrellas y los planetas están hechos de polen y los estigmas funcionan como soles omnipotentes que determinan la órbita de todo lo que existe a su alrededor, incluyendo a las abejas que usan las flores de restaurante, de casa o de motel. Llevamos poco de conocernos pero las flores de los cactus también me han regalado mucho amor y mucha belleza y han hecho que se me hinche el corazón.

Se me ocurre que a veces dejar la casa se parece al desierto, que empieza con D. Esa ilusión de la nada misma. Todo distinto, sofocante, potencialmente hostil. Pero basta con parar un momento y prestar atención, y ahí están: las flores-galaxia y las abejas, la belleza escondiéndose entre las grietas. Basta con disponer el corazón. El desierto me ha recordado que lo bello y el amor siempre coexisten con el dolor y lo difícil.

Andrés Pereira

Metilación

Testiga muda en donde los susurros del alma se deslizan en sutil armonía con el ritmo de la vida. Se influye del mundo macroscópico y reside en un mundo microscópico, donde el estruendo es herencia de generaciones milenarias. Acallarse o hacerse presente trazará sendas de oportunidades para que otros se expresen o impondrá el destino de su víctima en un silencioso dictamen.

Murmullos corporales

Aromas que se despliegan de las flores anuncian su llegada. Los rayos del sol acarician sus plumas y como respuesta ellos ofrecen un espectáculo iridiscente. Recordatorios que la vida es un destello en el tiempo, donde cada uno elige la velocidad con la que llevará sus propósitos. El sol favorece su majestuosidad, mientras el viento se resiste a compartir sus secretos. Su aparente silencio, lejos de denotar pasividad, exalta su determinación. Búsqueda del elixir dorado, mediante un murmullo corporal frenético que no vocifera sus intenciones, sino que confirma lo que está destinado a lograr.

Verónica Reyes

Rastros

Una tela se desgarró, y con ella el silencio de las estrellas. Caen objetos, son olfateados en busca de algo importante. El viento hace la arena crepitar bajo la luna que baña saguaros centenarios. Al norte, una herida roja corta el paisaje en dos, de horizonte a horizonte.

Atorado en una grieta en el basalto lleno de arena cobriza, un extraño objeto me distrae de la caminata. Tiene la forma de una suela de zapato, pero recortado de un trozo de alfombra gastada. Levanto el objeto y lo examino con curiosidad bajo la luz solar, sacudiéndole el polvo. -Es para no dejar huellas en la arena,- dice alguien -las usan para cruzarse.- Casi dejo caer el objeto, pero me detengo. Volteo a ver las impresiones polvosas de nuestras botas sobre el pavimento desértico y me pregunto qué tan efectivo será en realidad. No importa: es basura. Lo aseguro al exterior de mi mochila, llena a reventar, para sacarlo de ese paisaje en apariencia impoluto. Soy consciente de lo fútil del gesto: no somos los únicos visitantes del desierto. Reanudo la caminata torpe, resintiendo los gramos adicionales de nylon empastado con arena que desbalancean el peso en mis hombros.

Cada cosa extra cuenta cuando la mochila está a punto de estallar. Este conocimiento, aunque por demás obvio, no curó en mí el mal hábito que tengo desde la infancia de tratar de llevar mi vida en ella. No había zipper tan fuerte o costura tan robusta como para resistir este ímpetu. Resulta que para coser mochilas se necesita una máquina de coser zapatos: mi madre se hizo amiga del zapatero a fuerza de remendarme la mochila durante casi diez años de educación básica. Un gran estuche lleno de lápices de todos colores y largos (sería una pena tirarlos a la basura, aunque saquen ampollas de tan cortos), un libro para leer en los tiempos libres y otro por si se acabara el primero, una pequeña botella de agua y algunos dulces para no morir de sed o hambre a lo largo de la jornada escolar, algunos juguetes (un peluche, una serpiente de plástico, un pañuelo con estampado de peces...) para contrarrestar el aburrimiento, uno o dos amuletos inventados que dan suerte... en fin, sólo lo importante, siempre a reventar.

Una muñeca bien peinada, un encendedor, baterías,
una suela de zapato de alfombra.

Este hábito lo he llevado a la vida adulta, aunque ahora ya no es al aula a lo que debo sobrevivir, sino a una profesión que requiere largas caminatas en el desierto sonoreense: diáfano, infinito y aparentemente solitario. El zapatero ya me conoce también, igual el ortopedista; mi espalda lo resiente. Los juguetes han sido reemplazados por pinzas, medicamentos y un sacaveneno, por si alguien se estampa con una choya o en caso de un encuentro con una cascabel. La botella ahora es de tres litros y térmica, llena de agua helada para la caminata canicular, y los dulces suelen constar de barras energéticas y manzanas, ambas fáciles de comer al paso. El estuche lleva plumones indelebles para rotular muestras, dos pares de guantes de carnaza para manipular animales y baterías para las luces y el celular. Hace tanto calor en el día como frío en la noche, por lo que es menester embutir una chamarra de plumón impermeable para tolerar el sereno helado. Y, por supuesto, no puede faltar un libro o una revista para los ratos libres que nunca llegan... en fin, sólo lo importante para sobrevivir al desierto unas horas, con la seguridad de que al final me espera un baño fresco y una coca bien fría en el refrigerador.

Una botella de plástico vacía, una sudadera raída,
una cobija sucia y algunos papeles frágiles de tanto doblarse y desdoblarse yacen desparramados y polvorosos bajo una mochila rota, atorada de una rama.

También son de suma importancia los papeles que comprueban nuestra procedencia en caso de encuentro con las múltiples facciones que hacen uso (legal o ilegal) del territorio. Permisos de colecta, seguros, autorizaciones varias e identificaciones evitan (al menos en la teoría) que nos involucren en lo que no nos toca: sean avionetas con militares entendiblemente escépticos respecto al contenido de las cajas de material que cargamos de un lado a otro del desierto, traficantes que realizan visitas nocturnas a nuestros aposentos para asegurarse de que sepamos que saben que estamos en su territorio o alguna de las miles de personas para quienes el desierto es un obstáculo más, a menudo infranqueable pero a todas luces no el último, en su larga marcha al norte. A ellos los conocemos sólo por sus rastros en el paisaje, invisibles de lejos pero dolorosamente reales mientras se camina. A veces me pregunto, ¿qué haría si tuviera

que emprender esa caminata hostil, que me es tan familiar, sin la garantía del regreso? Si no me esperara mi casa al final del día (o la semana o los meses), ¿cuánta agua llevaría? ¿Podría llevarme un libro para los ratos muertos? ¿Qué sería lo importante el día en el que empieza la caminata?

Estornudando por el polvo, un coyote se aleja, decepcionado pero persistente en su búsqueda. Lo importante es no perder el rastro, seguir al norte.

F. Gual Suárez

La intuición es un astro

La naturaleza humana (y quizá la no humana también, pero al menos de la humana tengo certeza) de que nuestro sentido del "yo" lo impregna todo. Pensamos que lo más importante somos nosotros, lo nuestro y lo que nos concierne, rodea, incumbe o influye. Consideramos algo importante porque le hemos otorgado o esto ha absorbido, de alguna manera una parte diminuta o gigante de nosotros mismos.

Olvidamos que la tierra es el tercer planeta que orbita alrededor del sol. Olvidamos que hay planetas que multiplican varias veces la masa total de la tierra. Olvidamos que hay planetas hechos de gas y anillos hechos de diamantes. Olvidamos que la luz del sol tarda en llegar a la tierra 8 minutos y 20 segundos. ¿Acaso no nos aterra el hecho de que si el sol se apaga de repente, viviremos con total ignorancia por 8. 20 minutos sucedidos por una oscuridad eterna?

Nos olvidamos de la magnitud de las cosas simplemente porque nos cuesta entenderlo, porque nos impregna una sensación indescriptible de temor ante las escalas que superan lo humano. Nos da miedo entender que somos tan tan pequeños. Tan insignificantes.

Sin embargo, pienso que el majestuoso arte de entender los astros ha sido y sigue siendo uno de los actos de humildad humana más profundos. Un arte sutil y abstracta de mezclar nuestro limitado sentido del "yo" con la inmensidad de los astros y cuerpos celestes que nos rodean. Así como entender que nuestra sangre, el agua y materia de nuestros cuerpos se ven afectados (y dominados) por fuerzas mayores. Fuerzas que salen de nuestro control. Fuerzas que nos rigen, que nos moldean y que pueden destruirnos y rehacernos de un momento a otro.

El antiguo arte de la astrología proviene de una urgencia humana de ubicarse en un mapa en el universo. De entender como nuestra existencia está situada en un tiempo-espacio único en el universo y de rendirnos ante el hecho de que somos afectados por las fuerzas y la energía de otros planetas. Le hemos otorgado un papel específico a cada uno de los planetas: el conflicto, el cambio, la comunicación, el equilibrio, las emociones, lo oculto, lo creativo, lo verdadero y lo profundo.

Nombrar fuera de nosotros. Otorgar lo propio y lo íntimo a un planeta: cuerpos enormes que no nos juzgan, solo nos observan compasivamente. Una existencia humana no dura ni siquiera lo que un año en Neptuno. ¿Por qué nos creemos tan eternos?.

Una carta astral es un mapa de los astros en el momento en el que nacimos. Un mapa que puede guiarnos. Un mapa que nos ayuda a entender como situarnos en el caos que genera un eclipse total solar. Un mapa que simplemente nos da un respiro del ego humano que nos hace sentir más poderosos que Júpiter y mas fervorosos que el sol. Un mapa que nos ayuda a entender que el aire, el agua, el fuego y la tierra están en cada célula de nuestro cuerpo.

Amanda Sofia Arana González

Casitas

Ella se sienta en el sillón de la sala. Era una tarde fría de invierno, de aquéllas en las que el sol resulta insoportable porque pica, pero estar en la sombra helada cala los huesos.

En la casa de enfrente se escuchan dos voces:

- uun.. aaaa... ¡una! lam... pa... paaa...
- una lám-pa-ra, mira, aquí dice una lámpara

La perrita blanca rasca el sillón con la pata, pidiendo subir. -Pat, pat-, dos palmaditas eran la señal acostumbrada, la perrita sube feliz, se hace un ovillo al lado de ella, suspira y cierra los ojos. Era una tarde de domingo cualquiera, la gatita naranja salta ágilmente y también se acomoda en el sillón, ronroneando.

Unas casas más allá, la maestra de canto tararea con entusiasmo, y la pareja baterista hornea pizza. La baterista ha estado enferma algún tiempo, y hasta ahora después de la última operación, se siente mejor. Por fin puede empezar a comer algo más que verduras cocidas. Era una tarde animada, poder comer pizza juntas será una fiesta.

En la casa de atrás, la señora mayor que es actriz ha ido llenando la sala de papeles, los deja regados, son muchas notas. Está perdiendo la memoria y lo sabe. Las notas le permiten recordar fragmentos de lo que lee, lo que piensa, lo que va sintiendo. Era una tarde inspiradora, con esas notas escribirá un libro sobre su vida.

Se escucha un grito.

Ella se levanta del sillón y sale. Se abre la puerta de la casa de enfrente. Ella cruza un saludo con la mamá del niño, las dos buscan el origen del quejido. Caminan entre las casitas. La perrita blanca las sigue.

En la esquina se encuentran al Negro, el grandioso y viejo perro de la cuadra, el que tiene una mirada sabia, tumbado de improviso en medio del corredor. La dueña, sentada en el suelo a su lado, solloza y lo abraza.

-¿Qué pasó?

-No entiendo, de pronto el Negro se ha desplomado

Ella rodea con los brazos a la dueña del Negro. Le acaricia el pelo y la frente, la mece despacio sintiendo su dolor.

- Negro, Negro

El Negro no responde, tiene la lengua de fuera, el cuerpo suavemente va dejando escapar orina y heces.

La dueña llora.

- ¿Lo llevamos a algún lado? Podemos moverlo a mi coche

- No, no, quiero esperar a que llegue mi novio

Se acercan la maestra de canto, la baterista, y también la señora mayor, han venido al escuchar el llanto. Todas esperan juntas, la dueña en un sollozo.

Entre todas la rodean y la abrazan afectuosamente, sentadas en el suelo. Intercambian miradas tiernas, le soban la espalda, secan sus lágrimas.

La perrita blanca olfatea al Negro. Da vueltas, se le acerca, se aleja, regresa una y otra vez.

- Quiero llevarlo a casa de mi novio

Cuando llega el novio, envuelve con una sábana al Negro. Lo meten al coche de ella. Organizan un cariñoso entierro. Cantan juntas un arrullo, ponen flores en la tumba. Era una tarde triste, solidaria y bondadosa. Un solo abrazo entre todas, largo, apretado, la dueña del Negro en el centro, y regresan a las casitas.

- Mamá ¿qué le pasó al Negro?

- Ya no está, se fue, vamos a prenderle una velita

Ella vuelve al sillón, con la perrita a un lado y la gatita al otro. Las acaricia suave y lentamente, con las dos manos al mismo tiempo. La maestra de canto y la baterista están comiendo pizza. Recargan la cabeza de una en la otra y así, cerquita, platican sobre el Negro. La señora mayor da vueltas por la sala. Está buscando el lugar adecuado, ahí pondrá el papel en el que escribió lo que ha pasado esa tarde.

Laura Espinosa Asuar

CORRESPONDENCIA MARÍTIMA

Vera Laura Spindler Díaz

Sisal, 8 de marzo de 2024

Hola:

¿Cómo estás? ¿Recuerdas aquellos días de mayo en los que llegaste? ¿Cómo te sientes? Ya no te he sentido cerca. Ya no percibo cómo extrañas tu hogar y a tus seres queridos. Ojalá recuerdes cómo te sentías cuando nos mirábamos por tiempos prolongados disfrutando de los atardeceres y los flamencos migrando. Disfrutabas toda la belleza de tu alrededor, querías volar, querías guardar en tu retina todos esos colores, querías fundirte entre cada tono difuminado del cielo, entre esa calma... porque tu interior era un yo revuelto y turbulento lleno de nostalgia y soledad, no eras un yo cristalino y jovial, como el que te compartí durante los días de verano. Querías correr, pero te sentías atrapada, la arena aprisionaba tus pies.

Me dejaste bañarte y sentí tu miedo. A través de tu movimiento, sentí tu curiosidad y tus escrúpulos... Tu curiosidad, al permanecer tranquila cada que te acariciaba. Tus escrúpulos, cuando estos pequeños seres transparentes que abundan en mí (a los cuales ustedes llaman crustáceos) saludaron tu piel mojada y te pellizcaron, tal como reaccionan ante las personas que se aventuran a permanecer casi al margen de mí durante esa temporada.

Me dejaste bañarte más profundamente, meses después. Te acompañé en esa nueva aventura, viviste nuevas experiencias; sin embargo, volví a percibir tu aprehensión, en cada patada que dabas con coraje para que no pudiera arrastrarte. Sentí tus ganas de ser parte del todo, en la turbidez de aquel día. Pero no encajabas por completo. Quiero que sepas que no encajar está bien.

Te susurré cosas, aunque no quisiste oírlas. Gotas de esas palabras se quedaron rondándote por semanas... por meses, te lastimaron, mas no quisiste oírme. Algo andaba mal y lo sabías. No aquí. Y no querías darte cuenta. No lo recuerdas, sin embargo, me lo compartiste. Me miraste y lo supe. No querías estar sola conmigo y en tu mirada se percibía.

Te contemplé conociendo gente, querías amistades cercanas. No obstante, todo era nuevo y tantas novedades te asustan.

Te contemplé cuando caminabas con ese gran grupo de mujeres, con miedo de que no fueras suficiente y con emoción por aprender de todas, del entorno, pero también con decepción ante tus altas expectativas. Te vi dejándote llevar. Te contemplé cuando conectabas con ellas y a todas mientras conectaban con la vida que crece en las dunas.

Te contemplé las veces que trataste de conectar con el pueblo, con sus habitantes. Sudabas bajo el sol de medio día. Me llegó el vapor que irradiabas, por toda el agua que bebiste. Hablabas movilizada por toda la esperanza que tienes en el mundo.

¿Cuándo vuelves? Quiero abrazarte. Yo estaré y me llevaré todas tus lágrimas. No puedo quitarte ese dolor, pero puedo ayudarte a sentir todo más liviano.

¿Cuándo vuelves? Aquí estaré para cuando decidas regresar a mis aguas, para sentir las olas. Espero que cuando llegues, sólo sienta tu paz.

Aquí te espero.

Con cariño,
La mar.

Sisal, 14 de Marzo de 2024

Hola, Vera:

Hay muelles, hay faros. Ninguno como los de aquí. ¿Recuerdas esas noches en el muelle? Agradecí verte acompañada, evaporabas la tranquilidad que sentías en esas visitas. Y si te soy sincera, con ellas, sí disfrutabas del entorno, de mi ser y el cielo envolviéndoles con nuestro manto negro.

No con cualquiera puedes disfrutar de esto. Espero que ahora, más que nunca, recuerdes cómo querías quedarte más minutos compartiendo conmigo, en conjunto. Querías compartirle la tranquilidad de nuestros momentos nocturnos, a salvo sentir el vértigo de la marea y la inmensidad de las estrellas. Sin embargo, le seguiste.

Ojalá puedas observar la bioluminiscencia que tanto anhelas de mi ser, de mi cuerpo, en alguna noche de luna nueva, cuando regreses...

Con cariño,

La mar.

A lo lejos, 14 de Marzo de 2024

Mar:

Tus palabras acuosas me llenan el alma.

Estoy viendo Aquaman por azares del destino. Y es bonito volver a verte, no sólo entre mis fotografías, sino en la fantasía. Ojalá pudiera nadar en ti, como en esas escenas, ojalá pudiera sentir que no me ahogo mientras pataleo en el mar abierto, ojalá ser grácil en ti. Ojalá pudiera bucear con tranquilidad y maravillarme ante todos los tesoros que escondes. Si tan sólo pudiera nadar sin necesidad de contener la respiración, sin tener que llevar un tanque de oxígeno en la espalda.

Se me quedó esta frase:

"Nos volvimos soberbios. El océano nos tragó y Atlantis se hundió."

Vulko (Aquaman).

Soberbia es lo que sobra en el mundo. Poco falta para que te tragues costas, pueblos y ciudades. No lo harías por venganza, sólo es un efecto de lo que causa la soberbia de ciertos integrantes de la humanidad.

A pesar de ello, mucha gente te trata con cautela. Yo también, prefiero admirarte a lo lejos. Y sin embargo, existen las tortugas. Vi tortugas nacer e ir a ti. Los azules de esa tarde viven en mis recuerdos. Quizá pronto yo también me acerque a ti.

Con amor,

-V.

A lo lejos, 19 de Marzo de 2024

Querida mar:

Ayer vi la secuela de Dune. Vi dunas secas, sin verde. Así no quiero que se vuelvan las dunas de Sisal. En una escena se augura un mar que abraza la arena y te recordé con nostalgia, con alegría, porque tú sí existes.

En un momento, los Fremmen reconocen al forastero como uno de ellos. Tal suceso me conmovió. Me reconocí. Mi respiración se desregularizó de gratitud. Recordé las tardes de octubre, noviembre y diciembre en las que fui invitada a festejar la vida al lado de las familias de estas mujeres, donde las risas y las bromas siempre ocupaban un lugar en las horas de convivencia. También se hacía presente el apoyo, a pesar de todo, para seguir adelante en conjunto. Ese apoyo que también les brindo y me siguen brindando, a través de kilómetros de distancia.

Me pregunto, querida mar ¿lo percibiste? A través de la humedad ambiental y el vapor de la noche, que cada cierto tiempo se precipita, y con ello, llega a ser parte de ti, como todos los recuerdos que conforman la sabiduría de tu ser, a través de millones de años.

Con amor,

-V.

Cada vez más cerca, 1 de Abril de 2024

Hola, mar:

Hoy te volví a ver. No en fotos como otras veces. Sí, en otra película... Donde había otra playa. Te vi entre guijarros, glifos y amonites. Más grandes. No como las pequeñas conchas que forman la arena donde viví a tu lado.

Vi a una científica caminar con sus pesadas botas, pero en una playa sombría. Sin el calor del lugar donde tus olas refrescan.

Además, vi a una chica melancólica, temer ante los baños medicinales en tus aguas. La vi enferma, también. Y la vi sanar. Aunque no de manera constante, ni progresiva tampoco.

Las vi amistarse. De repente, fue como observar la reconciliación de dos versiones de mí. Dos versiones del ser que conociste hace unos meses.

Las vi llevarse cargando una pesada "piedra", la "limpiaron" y encontraron millones de años de historia dentro, en aquel fósil de aguas prehistóricas.

¿Qué queda enterrado en tus profundidades? Además de los fósiles. Muchas personas dejamos que tanto se hunda ¿Qué vemos irse? ¿qué te dejamos? ¿qué te llevas? Mientras aligeras nuestras cargas.

Hay toda clase de amores, seguro has visto algunos como el que cuenta esa historia. Con esta película, lo que yo vi fue amor propio sanando. ¿También has presenciado historias así? ¿Cómo continúan? Dime que mejoran. Aunque se la respuesta. Todo es altas y bajas, como tus movimientos, tus olas. Quizá con eso debemos quedarnos. Tremendas enseñanzas das.

Con amor,

-V.

P.D. Ya quiero verte. Ya falta poco, menos de un mes.

Exhibicionistas emocionales

Dios guarde el día en que el mundo lea mis diarios. Escribir es despachar el corazón: desmembrar tus emociones, recuerdos y sueños; exponerlos al juicio, la duda y la evaluación, permitir que la gente ate cabos, entre a tu cabeza y se refleje en ti.

La literatura nos espejea. Nos encontramos en las ideas que compartimos con ella, en la desgana que nos transmite y en las vivencias que nos cuenta; como decía Zafón, no se puede leer algo para lo que no se está preparado. Una vez tomé de la biblioteca de mi hermana el libro "Magia, ciencia y religión" de Bronislaw Malinowski. Claramente no estaba preparada para leerlo, ni por los conceptos antropológicos que no conozco, y principalmente porque mi mente de científica incipiente no podía pensar en esas tres palabras unidas en una sola oración. Otro ejemplo es cuando intenté por dos años leer "La Sombra del Viento", y pude leerlo hasta que estuve tan rota como Julián Carax.

Cuando, a pesar de esto, una decide escribir, debe elegir la forma de vestirse aunque sea un poco, cubrir en parte sus ideas, anhelos y decepciones. Los novelistas esconden todas sus emociones en cada uno de sus personajes; una nunca sabrá qué cualidades componen al escritor y cuáles son sus aspiraciones, ya que todas ellas están desperdigadas hasta en el cielo que describen. Por otro lado, los poetas se esconden tras metáforas y las cuentistas tras historias que nunca han vivido. Siempre podemos encontrar sus ambiciones.

Por eso escribo solo para mis diarios, que parecen más anuarios o anecdotarios. Sé que de esta manera no tendré que crear personajes, únicamente tengo que hacer descripciones de sentimientos o situaciones, o de lo que sentí en ciertas situaciones, o de los sentimientos que me llevaron a ciertas situaciones. Quizá ese miedo y la ansiedad que presento desde pequeña fueron los responsables que me llevaron a quemar 4 de ellos: no hay registro de mi paso por el mundo de 2009 a 2013. Pero, ¿de verdad vale la pena recordar el sufrimiento o los buenos momentos? ¿qué nos deja y qué nos quita depender de una memoria en papel?

Ese miedo es constante, el pasado o el presente leyendo mis entrañas, sabiendo fechas y lugares, alguien con toda la

información. Si mis psicólogos los hubieran tenido, se habrían ahorrado miles de horas dedicadas a descifrarme. Hice prometer a mi hermana, mi mejor amiga y mi novio que cuando me muera quemarán mis diarios. Tengo plan A, B y C porque no confío en la memoria de ninguno de los tres.

Después de perder la intimidad y regalarte al mundo, ¿habrá algún tipo de satisfacción? ¿Qué recompensa se obtiene después de desmembrarte y vulnerarte? ¿Se le reserva esta actividad a cierto tipo de personas, exhibicionistas emocionales?

Brenda Hernández Hernández

ALQUIMISTA

Ojos de telescopio,
te me quedas viendo
susurrándome un "te quiero"
con las manos
que recorren la geografía de un nuevo mundo
que nace en mí a cada caricia.

Convulsionan mis neuronas,
erráticas crecen como enredaderas
envolviendo mi esqueleto, controlándolo,
arropándolo.

Los dados están en el aire.

Intervalo de confianza: [pies, cabeza]
Se alinean las crestas iliacas
constelación inviolable.
Empieza el juego de mandíbulas, de pelvis,
y cada una de mis células que no te tocan
se sienten solas.
Necrosan.

No hay anoxia que apague el fuego
de nuestros cuerpos al fundirse.
Mis arterias sólo saben buscar tus venas
porque sólo tu corazón
puede palpar mi sangre.
Sólo tú sabes transmutar
la materia aglomerada que conforma mi cuerpo,
mis 103 huesos, mis vísceras defectuosas,
mis átomos desorbitados
en algo que trepa vertebra por vertebra,
se cuelga de mis costillas y se clava
en mi costado izquierdo.

ANATOMÍAS DESHILACHADAS

Suspiro atrapado en el vuelo,
confesión tripulante en el pecho,
susurro que corta espinas,
mariposas que beben lágrimas
y comen recuerdos.
Hipótesis: Todavía te quiero.

Me tientas las dudas
en forma de piel, malformaciones,
en curvas muy curvas, aristas filosas,
y rasposidades
- como un cirujano -
tratando de remendar suturas
en la oscuridad.

Pienso en tu anatomía lenta
llena de huesos, músculos y viscosidades;
en tus articulaciones
de la boca
y las palabras que desprenden,
bisturís desafilados.

Cuando me acerco
se derraman tus ojos
(no es la gravedad).

Acaricias mis cicatrices con las tuyas
y se curan solas.
Encontramos la fuerza
para seguir aceptando las aberturas
y los hilos que nos descosieron afuera.
No importa.
Volvimos a chocar
y ahora,
nos tejemos nuevas ilusiones
con un estambre más fuerte.

ASTILLAS

Sonámbula te busco en los cajones,
me machuco las fantasías a propósito.

¿Cómo hacer una confesión de humo?
Días tratando de quitarme las astillas
cada recuerdo con una pinza.

Suelo pasear la soledad por la tarde,
juntas nos hacemos un taco de cobijas,
vemos películas,
y evitamos
pensar
en

Lo evitamos.

Rebotan las lágrimas inocentes,
paraguas antidepresivo,
espero que caigan las nubes en mis ojos
pero llueve y no para de llover
y el horizonte espera latente ser visto
pero soy ciega.

Tomó el celular, cargó mi pistola.
¿Cómo se deletrea un beso? Disparo.
Empiezo a sangrar,
mensaje eliminado.
Confesión: te extraño.

ELECTROSTÁTICA

Polar,
como el agua
que ahogó a los náufragos
de mis ojos,
como las neuronas que nunca pensaron perderte
vomitando electrones,
como las caricias termodinámicas
de tus manos grandes.

Polar,
como el alcohol
que bebí para destilar los recuerdos,
aquel que no sirvió para desinfectar
mi piel de tus caricias.

Polar
como tú (+) y yo (-)
dipolos de un mismo mundo
cargas parciales de una molécula
a punto de desintegrarse.

No hay puentes,
fuerzas intermoleculares,
ni teorías electrostáticas que te atraigan a mí
de nuevo.
Sólo una opción
un polo cargado de verdad.

Laura Márquez Cianci

RETRATO DEL JARDÍN BOTÁNICO

del taller "Lo que escribiría si escribiera"

febrero-marzo 2024

Mi oreja es demasiado grande para escuchar

Miles de pasos recorren un camino delimitado por el precipicio, corren como si el piso hirviera y hay que moverse rápido para no quemarse los pies. El bullicio es silencioso: mi oreja es demasiado grande para escucharlo. Ocurre un pie tras otro, y no oigo nada. La mudanza es rápida y torpe, ocurre en todas las direcciones y sin orden, las cabezas chocan y continúan su prisa por el borde del precipicio. Algunos pasos dan vueltas sobre sí mismos y recorren el mismo lugar dos veces, como una danza que no puedo entender. Mis pasos son demasiado grandes y torpes, mis dedos también. Si mi oreja no fuera tan grande, seguro escucharía las miles de voces y pasos sobre la madera, pasos que oigo también cuando transbordo de la línea 2 a la 9 del metro.

Mixtli Barrera Fernández

Distancia de huida

Haciendo gorgoritos entre raíces que cuelgan cual barbas de las rocas, una corriente de agua refrescante, inmune al sofocante sol de la tarde, materializa un estanque exuberante. La membrana transparente me hipnotiza, me obliga a escudriñar las profundidades ondulantes. Camino por la orilla con la mirada fija y pasos medidos, cual tramoyista, apoyando cada uno dos veces antes de dar el siguiente para garantizar que el basalto áspero no me traicione. Busco a los inquilinos del oasis, moviendo el cuello para atravesar los reflejos que ocultan el fondo lamoso, que hierve con puntos amarillos.

A mi lado, casi demasiado cerca, aparece una criatura que secuestra mi atención, arrancando mi vista de lo profundo. Me congelo: no quiero que me vea. Sus ojos están ocultos tras dos discos reflejantes, no muy diferentes de la sutil distorsión que separa mi mundo árido del frescor cristalino. Se queda tan quieta como yo: no sé si me observa como yo a ella. Tras un par de minutos de tensión, parece reanudar sus movimientos, sin acercarse. La atracción magnética del espejo de agua vuelve a monopolizar mi atención, y sólo un suave rasgar rítmico me recuerda la presencia amenazante. Me relajo y vuelvo a beber la hondura con las pupilas. Un diminuto rostro, oscuro, inexpresivo, se asoma desde la sombra de una flor perfumada. Boquea, respirando la profundidad infinita del cielo que se filtra entre los discos verdes. Estiro el cuello lentamente, la mirada fija y el rostro sutil. Me tensó como resorte. Lo quiero.

En el momento crítico, la criatura de ojos velados se mueve, proyectando su sombra, y mi presa se disuelve de un coletazo. Libero la tensión con torpeza, pierdo el sustento de las rocas y el agua helada me abraza, penetra mis plumas, inunda mi pico. Me impulso hacia atrás usando las alas como remos, tratando de no resbalar de nuevo, me sacudo, me erizo todo lo que puedo. Fulmino a la criatura con una mirada acusadora mientras lamo el agua que gotea de mis narinas. Ella muestra los dientes, haciendo un extraño sonido ahogado que reemplaza el rasguído de sus manos. Se yergue aparatosamente, cierra su cuaderno y, como pidiendo disculpas, se va.

Escapo

Escapo diferente, ondulante
como lengua de serpiente o probóscide de polilla

Escapo inmóvil de flores que comienzan como chícharos
y terminan en explosiones doradas y polvosas

Escapo que no sabe escapar y sólo sabe servir
¿a qué sabrá la cena?
Dímelo tú murciélago,
¿será como comer pinole?

Brenda Hernández

Rojo-Amarillo-Verde

Iluminando está el sol de la tarde.

No quema pero calienta muy sutilmente el aire que lo envuelve todo.

Mis ojos, con los que veo este rojo vivo mezclado con amarillo, apuntan a lo que bien podrían ser montañas afiladas. Picos, muy delineados, que bien podrían ser incisivos de canino.

Son verdes. Se clavan sobre lo rojo y a continuación viene un amarillo que termina en una cavidad. Tiene muchas curvas, como las carreteras en las que yo no vomito pero por alguna razón todas mis exparejas lo hacen. El amarillo regresa para volverse verde y acabar en lo que parecería ser una antena.

La tomo, la abro y sí, hay 4 trabajadores de radio ahí dentro.

No puedo hablar con ellos. No sé sus nombres. Pero acabo de destruir su emisora.

Los pigmentos son sutiles. No pintan la totalidad de la superficie. Es un poco así como lo es la realidad. Podemos ver matices, pero nunca totalidades.

De algo de lo que estoy seguro es que esta flor solo conocerá esta primavera, solo será este preciso momento en el cual exista. Como yo ahora. Este yo nunca volverá ni existirá en otra primavera.

Y como tú ahora, al terminar de leer esto.

Fine

Mueca

Mueca deforme y monstruosa, no hay orejas. Los ojos son pequeños, uno de ellos entrecerrado por una enorme protuberancia en la frente. El pelo ralo y reseco corona la cabeza.

La boca está abierta en una semi-sonrisa gutural. El labio leporino se funde en una nariz tan diminuta, que es difícil distinguirla del resto de la cara llena de arrugas y poros.

Un mechón de pelo parado es la única planta verde y viva sobre esta cueva profunda de rocas grises que observo. En su entrada tiene una fila de pequeños dientes de roca volcánica, manchados de líquen.

Oquedad en un grito ahogado, lágrimas-planta se escurren por los huecos de los ojos.

Laura Espinosa Asuar

Suspiro

Un suspiro de magma caliente que viene del corazón de la tierra. La forma en la se endurece un suspiro de lava, que forma surcos y coyunturas, huecos y poros parecidos a la piel de la luna.

Una textura formada por la erupción de un corazón líquido. Magma que se transformó en un microclima que acoge la humedad y atesora los rayos del sol, provocando que se forme un vapor que alimenta el alma de los helechos, musgos y líquenes que crecen entre su piel estriada.

Suspiro lento de un corazón líquido que terminó transformado en un dragón cuyas escamas son invadidas por el verde terciopelo del musgo que crece con el tiempo.

Un suspiro convertido en un hogar para cochinillas. Un hogar esculpido por el tiempo. Un hogar que guarda los ecos del sol y el tiempo que transcurre en miles de escalas no humanas de forma simultánea.

Un suspiro poroso y negro que eventualmente, volverá a subducirse dentro del corazón líquido del que vino.

Amanda Sofia Arana González

Desparramada

Desparramada. Su cuerpo está todo regado por el espacio y no se sabe dónde comienza ni dónde termina. Sin columna vertebral o un tronco que la sostenga. La sostienen el suelo sobre el que se arrastra y los troncos y las columnas vecinas.

Sus brazos son múltiples, pálidos y flacuchentos.

Algunos se estiran vigorosos hacia el cielo, como estiran los brazos las bailarinas de una pieza de ballet de música dramática. Dramática también la luz del sol previo al atardecer, que baña ese cuerpo desparramado y esos brazos pálidos y flacuchentos.

Otros brazos, cansados ya de sostenerse en el aire o de buscar un andamio que nunca existió, están todos enroscados sobre sí mismos, como cuando los artistas de patinaje sobre hielo dan vueltas y vueltas sobre su propio eje formando un remolino que parece un portal a otra dimensión. También parecen un chinito de cabello recién peinado en la peluquería.

Aquellos brazos que han tenido más suerte y han encontrado un andamio de dónde agarrarse, lo abrazan con fuerza y determinación. Y parece que los andamios pueden ser de todo tipo: por acá un nopal bebé, todo grueso y espinoso; por allá una rama seca de lo que parece ser una acacia,

Andrés Pereira Guaqueta

Bifurcaciones

Estoy sentada frente a ti y me he imaginado que se ha de sentir ser tú, inamovible, quieto, radiante y silencioso cuando ningún viento ha perturbado la quietud en la que sueles encontrarte, siempre me ha gustado observar las pequeñas y enredadas bifurcaciones que se forman en tu exterior, existe algo en tus ramas quizá es esa especie de complicidad que albergan, cuya forma y tamaño puede variar, algunas son: onduladas, circulares, largas, regordetas o delgadas, y aún así todas las aceptas y las alimentas con la ninfa que recorre todo el tronco y llega hasta cada una de las ramas. Algunas ramas tienen pequeñas hojas que se mueven lentamente cuando el viento les susurra y es posible que alguna llegue a ser desprendida de la rama que la vio crecer, la hoja cae lentamente danzando suavemente hasta que la tierra la ve caer. Las hojas son hermosas a la luz del sol que cae por la tarde, dejando pasar pequeños resquicios de luz a través de la copa más alta, atrayendo pajaritos que reposan mientras la tarde cae, quizá fue uno de estos animalitos que alguna vez coloqué accidentalmente una pequeña semilla en este lugar, y después de varios, días, meses y años ha salido el primer retoño y quizá ese fue el principio de tu existencia.

Sara Elizabeth Quiroz Morales

Ecós del jardín

Un anhelo brotó al regresar aquí. Encontrar aquellas espirales verdes de ese día lluvioso harían más relevante este soleado atardecer. Las busqué entre lava milenaria. Las busqué. Me volví a perder entre los serpenteantes caminos; hice crujir las hojas secas; me llegó el eco de aquel día; y por las ráfagas de los pasos que daban mis botas ahuyenté a las aves que a pesar del anhelo, deseaba contemplar. Me volví a perder, pero encontré tan sólo el presente. Tan sólo el presente.

Su ceja amarilla. El amarillo oliváceo del resto de su ser. Saltos. Trazaba "u" invertidas. Sin parar. Todo a ras del suelo. Inquieto. "U", "U", "U", "Us" al revés. Cerca del árbol, sus aleteos. Silencio.

Sobre el tallo ramificado del arbusto de hojas secas, decadentes, vividas. Están sus ojos negros. Está su figura delicada. Una línea que termina, forman las plumas de su cola. Una línea que termina. Cada vez más lejos.

Se fue. Mientras veo el movimiento que deja la ardilla tras de sí. Lo notaba antes de que desapareciera. Entre sus saltos y revoloteos solitarios, genuinos, como los de la ardilla, pero de diferente índole: Toscos. Aquéllos comparten el susurro de las hojas alborotadas en su transitar. Su cola, rozando las hojas. Silencio.

El viento, parecido al agua del arroyo, ya tan lejos. Tan compartido. Tan disfrutado. Como el néctar de las flores blancas ¿del Tepozán? Tan bellas. Todo un banquete. Ofrecen. Y ante zumbidos, se acepta.

Así acepté la dicha de compartir brevemente el mismo espacio con ese ser amarillo. Entre cantos de otras aves. Más lejanas, más escondidas, más próximas al cielo; compartí su silencio. Su dinámica. Breve y aceptada. Dichosa. Lejana. Cercana.

Cercano ya resulta aquel día lluvioso. Puedo oír las gotas ligeras de esa lluvia. Puedo compartir esa mirada y la maravilla que causa cada ser viviente que reconocemos. Nos reconocemos en el ahí y ahora. En el pasado y este presente. Nuestras botas dejaron huella en distintos senderos. Entre ellos descubrimos, con dicha compartida que, a la misma velocidad, tus botas y las mías pueden caminar.

Vera L. Spindler Díaz

Cicatrices

Una roca,
una gran roca que rodea un estanque.
Es roca volcánica,
mantiene cicatrices que cuentan la historia de su movimiento:
estrías, poros perfectamente circulares que recuerdan la
ebullición de cuando era lava,
de cuando fluía,
de cuando llegó aquí.

Nadie la trajo,
ella llegó sola,
ella se movía, hervía.

Y ahora la observo,
está frente a mi,
estática, inmóvil, fuerte,
conteniendo el agua del estanque,
definiendo su rumbo.

Hoy alberga vida de varios colores:
verde, amarillo, blanco.
Líquenes, musgos, pequeñas herbáceas
que crecen sobre su gris oscuro.

Hoy ya no se mueve,
pero el agua fluye
sobre y alrededor de ella,
a una velocidad constante.

Hoy forja un camino diferente al que ella recorrió,
hoy mantiene vida
contiene, abraza el movimiento,
pero no lo añora,
ese tiempo ya pasó.

Cata María

Dermis

La piel se escribe en arrugas y ampollas que crean sus propios senderos y refugios. Es nuestra piel, con todas sus montañas, mesetas y llanuras, la única cobija que nos queda al final de la noche fría. A pesar de las cicatrices, protege nuestra carne separandonos del mundo y a la vez nos ofrece una ventana un poco empañada para explorarlo. Existen pieles selváticas, desérticas, boscosas, rocosas, marinas y polares, que invitan a ser exploradas, besadas, acariciadas, por otros horizontes con relieves distintos. Es ese choque, lo único capaz de atravesar la corteza, mover las placas tectónicas más sensibles y generar los peores terremotos.

En la epidermis, un epicentro nace a cada caricia. Sólo los movimientos trepidatorios subsecuentes son capaces de separar continentes, erupcionar volcanes y mover cordilleras. El terremoto no cesa sino hasta que termina la fricción; pero un roce es suficiente para que la onda sísmica recorra todo el cuerpo, se adentre en su geografía, cruce el manto inferior y se envuelva en el caliente magma del núcleo, provocando la erupción de nuevos abismos,

nuevos incendios.

Laura Márquez Cianci

En un rincón del jardín

Una plataforma formada por roca expulsada con un rugido de la tierra pareció ser el escenario perfecto para su llegada. Un letrero de porcelana en su costado recuerda el día que inició su estadía: donado por Manuel y Cinthya Rasso, 18 de enero de 2002. Más de 20 años mirando al Este esperando al Sol. Cada año nuevo contemplando la salida del astro en el horizonte, como yo de pequeña cuando vivía junto al mar. Allá escuchando al viento acariciar el océano, aquí escucharlo acariciar los árboles. Uno de ellos nos baña un poco con su sombra, aún así los rayos del Sol se deslizan por detrás, como avergonzados, sabiendo que nosotras anhelamos los rayos provenientes del Este, no del Poniente.

Desde aquí se escuchan las aves, hasta las más pequeñas, como el colibrí que a pocos metros besaba a las flores. Pero también las más grandes, como el halcón que se posó sobre un árbol a unos cuantos pasos.

A nuestro alrededor danzan las semillas de tillandsia que se dejan llevar por el viento, y las lagartijas parecen no notar nuestra presencia ¿será el silencio? ¿su silencio? Ella no parece tener voz, pero apuesto a que lo escucha todo, hasta el rasgueo de mi lápiz contra el papel.

Se puede ver una lucha de colores sobre ella, antes una totalidad plata, ahora ríos serpenteantes de un verde oscuro, como algunos tipos de musgo, se van apoderando de su forma, de sus curvas, de sus hojas con profusas venas, de sus flores talladas de cinco pétalos. Parece un buen diseño para la banca de un jardín. Al verde lo acompañan manchones color marrón, la herrumbre, la indiscutible marca del pasar de los años. El tiempo no perdona, o tal vez por fin se está volviendo roca. Parece querer ser una de ellas. A su alrededor el líquen cubre a algunas de sus hermanas, pero también algunos nombres, ahora ilegibles. ¿Pronto la cubrirán a ella también?. Pienso en cuántas personas se habrán sentado en ella para contemplar pero sin contemplarla. Quizás es hasta ahora que yo la cree escribiendo estas líneas, quizás ahora podrán mirarla y recordar a esta testigo de los silencios y los amaneceres, quizás ahora podrán recordar a mi banca.

Sotavento